

no se vacíe de su mejor contenido. ¿Cuál es la repercusión constitutiva y perceptiva de esa estructura antropológica, sumada con la experiencia de tiempo y el anhelo de eternidad?

El encuentro, la memoria y la esperanza son los dinamismos perceptores y realizadores de aquella estructura, que se llenan de unos contenidos peculiares en la experiencia cristiana. Ellos son los que permiten a ésta dejarse sentir como posibilidad universal, aún cuando nazca de unos hechos particulares e históricamente identificables en lugar y tiempo. Por eso el cristianismo está hecho de afirmaciones particulares (en tiempo de Poncio Pilato un tal Jesús...) a la vez que de pretensiones universales (en él se lleva a cabo la revelación y salvación absolutas de la toda vida humana).

El encuentro con Dios en Cristo funda la fe. Ella se constituye en primer lugar en palanca de memoria histórica y luego después en palanca de memoria metafísica. Al encontrarse el hombre con Dios y consigo mismo en Cristo sabe quién es: cuál es su origen y cuál su destinación. La *memoria Christi*, que es imagen visible del Dios invisible y a la vez realización consumadora de la existencia humana, lleva consigo una *memoria Dei* y una *memoria hominis*. De esta forma el hombre es remitido desde la historia a los fondos de su ser y de su origen. Y comienza a recordar, es decir a descubrir en su corazón y en los penetrales de su ser, no cosas vividas anteriormente sino el origen mismo que le es externo e interno, la luz que es eterna y por ello anterior a él a la vez que íntima, y por eso temporal con él. Al recordar, en la luz de la experiencia histórica de Cristo, se alumbra la entraña metafísica del hombre. La historia es así fuente de memoria. Ella nos devuelve y remite el origen alumbrado. El origen que no es sólo inicio cronológico sino principio perennemente fundante. En la faz de Cristo el hombre se descubre a sí mismo descubriendo la gloria de Dios, que allí reverbera.<sup>25</sup> Y en la admiración limpia de corazón y agradecida mira hacia adelante y hacia atrás. La historia se convierte así en trampolín hacia la metafísica; y la antropología —Jesús es un hombre real y verdadero— en peldaño hacia la teología. La memoria de Cristo a lo largo de los siglos ha alimentado las preguntas metafísicas. La oración ha sido así el lugar de nacimiento de los argumentos ontológicos para descifrar la existencia de Dios; una existencia desde la que se pensaba y en la que ya se vivía. San Anselmo es la suma indescifrable de pensamiento filosófico, experiencia religiosa y creación teológica. Ellas constituyen el suelo de toda vida cristiana, aún cuando no todo cristiano las descubra.

El encuentro con Cristo, que es la fe y del que la fe nace y al que la fe devuelve siempre, suscita a la vez que la memoria metafísica, la esperanza histórica y el esperar absoluto. Y desde ambas hace posible una historia nueva. Porque el tiempo no es el eterno acontecer de lo mismo, ni la vida humana el vacío recibimiento de lo que a ella viene desde fuera, llenándola indiscriminadamente de cosas ajenas a sí misma. El presente es posible como lugar de verdad y plenitud porque en él convergen la memoria y la esperanza. Y la vida humana es sana cuando esos tres tiempos tienen cada uno su autonomía y los tres se articulan entre sí: *amor del presente, memoria del pasado, esperanza en el futuro*. Este es un principio sagrado tanto para la psiquiatría, como para la metafísica y la teología. Allí donde el hombre sin memoria y esperanza radica-

<sup>25</sup> 2 Cor 4, 4-6.

les, es vaciado de su dimensión de eternidad, allí surge un enfermo, un resignado y un ateo. Al haber destruido la estructura antropológica fundamental, se han roto los tejidos sobre los que se bordaba la fe en Dios. Un tejido no lleva necesariamente consigo un bordado; un bordado no es sin más un tejido; pero un bordado termina siendo una realidad constituyente de un tejido que ya era antes y que ahora ya no puede ser él mismo sin la determinación que el bordado ha introducido en él.

¿Cómo se va a gestar, fortalecer y consumir la experiencia cristiana en la historia? ¿Cómo se da en ella la interacción entre encuentro particular con Jesús, memoria radical de nuestro origen, esperanza hacia el futuro absoluto? ¿Cómo se trenzan sobre esas tres dimensiones las virtudes teologales de la fe, esperanza y caridad? ¿Cuál es el juego de relaciones existentes en una fe que se apoya sobre Cristo «iniciador y consumidor de la fe»,<sup>26</sup> y que a la vez se desborda hacia Dios, creador y consumidor de toda realidad? No vamos a entrar en tan complejos problemas aquí, porque están en juego toda la metafísica a la vez que los propios fundamentos del cristianismo como doctrina revelada por Dios gratuita e inesperadamente (sobrenaturalidad), a la vez que como expresión suprema de la realización del hombre.

Para el Nuevo Testamento la esperanza no es sino la forma de la fe vertida hacia el futuro, y la caridad su versión absoluta hacia el presente. Son por ello diferenciables, pero no separables. Lo mismo ocurre con el encuentro, la memoria y la esperanza. Y es igual que hablemos del encuentro del hombre consigo mismo en el fondo insobornable de sí o del encuentro con Dios. Ambos se convierten en manadero de memoria radical y de esperanza absoluta; y no los podrá cegar el hombre mientras viva, sin que esto signifique cegarse a la vez los ojos de la fe y de la esperanza.

Por ello es muy difícil decidir quién busca cuando el hombre busca, si su memoria o su esperanza: «Sólo puede hallarse y retenerse lo que sale al encuentro del hombre en la historia, si en la subjetividad del hombre que encuentra y retiene está dado un principio apriorístico de la expectativa, de la búsqueda, de la esperanza». «La memoria es también y sobre todo la que busca con circunspección en la historia la anticipación del salvador absoluto. Esa memoria es formal y por tanto no anticipa la concreción en la historia, sino que deja abierta su experiencia pasiva. El hombre en su trascendentalidad, como espíritu y libertad, experimenta siempre su referencia al misterio envolvente que llamamos Dios. Experimenta en sí la esperanza (aunque ésta de suyo no tenga títulos para reclamar lo esperado) de que esa referencia es tan radical que encuentra su consumación en la autocomunicación inmediata de Dios, pues está llevada, liberada y radicalizada por la gracia sobrenatural.»<sup>27</sup>

El encuentro (consigo mismo, con Dios en el fondo del ser, y con Cristo en la historia), la memoria de sí mismo, de Dios, y de lo que absolutamente pueda consumir la vida humana; la esperanza de que la historia nos ofrezca un signo, que ya sea causa de esa consumación anhelada, es decir redención y santificación: he aquí los tres principios fundamentales de la existencia cristiana, que reflejan y prolongan lo que son estructuras de todo vivir, cuando éste rompe las superficies de la temporalidad para

<sup>26</sup> Hebreos 12, 2.

<sup>27</sup> K. Rabner, *Curso fundamental...*, 371-373.

adentrarse en su verdad constituyente, es decir en la eternidad. Una cultura que se reviste, pero que no se funda en el duro fundamento de la verdad, y que exculpa o enmascara su desfondamiento y necesidades últimas, es una cultura que se arranca a sí misma sus capacidades humanas fundamentales y entre ellas la de creer, esperar y amar a Dios. No construir con sólido granito sino con materia deleznable, frágil y rota al primer golpe, y luego revestir de vistosa piedra es todo un símbolo de la cultura actual. «Guardar las apariencias, ocultar celosamente lo mediocre, parece ser la pauta de la sociedad contemporánea.»<sup>28</sup>

Devolver al hombre la capacidad de frenar la velocidad de la vida vivida, conferirle poder, de experiencia personal profunda y no de momentáneas experiencias por devolución a la historia y por lanzamiento hacia el futuro inexorable, hacerle romper la superficie viscosa con que cubre o encubre su vacío y desesperación, darle conciencia de su culpa y pecado, a la vez que invitarle a no exculparse sino a confesar y acusarse, para salir del principio de fantasía o cinismo y edificar sobre el principio de realidad y consentimiento a la existencia: todas ellas son tareas sagradas que hay que asumir necesariamente para que el hombre sea hombre y para que la fe sea posible. El cristianismo sin embargo nunca ha visto este proceso en una línea de una continuidad, que primero abriera las fuentes de la salud y verdad humana para luego acercarse a la fe. Este es un camino posible, pero no menos lo es el camino inverso. El evangelio con su potencia propia —y él es «potencia de salvación para todo el que se confía a él, ya sea judío o griego, porque en él se revela la justicia de Dios»—<sup>29</sup> es capaz de romper los tépanos de insensibilidad, de falsedad o desesperanza en que viva el hombre y hacerle retornar a la casa de su verdad. La recuperación de la humanidad propia es así efecto segundo de la previa recuperación de la amistad, gracia y presencia de Dios.

Encuentro, memoria y esperanza, son por consiguiente las determinaciones, previas en un sentido y consiguiente en otro, de ese don total que mediante las virtudes teológicas Dios hace de sí mismo al hombre, concediéndole ver con sus ojos (fe), amarse a sí mismo acogiéndole a él gratuita e incondicionalmente (caridad), abrirse al futuro no como presa que podamos conquistar o arrebatar sino como Don absoluto, explicitado como reconciliación y afirmación perennes del hombre, en su carne y en su espíritu, es decir como el que fue en temporalidad a la vez que en eternidad (esperanza).

**Olegario González de Cardedal**

<sup>28</sup> M. Delibes, *Castilla habla* (Barcelona, 1986), 70.

<sup>29</sup> Romanos, 1, 16-17.